

PARA UNA REALPOLITK DE LA COMUNIDAD CIENTÍFICA

Nos encontramos cada vez con mayor frecuencia, tanto en el ámbito nacional como en el internacional, con reflexiones agudas e incluso estrategias específicas que conducen a repensar los esquemas de evaluación que rigen la producción científica y que buscan delimitar, en algún sentido, lo que ello significa en el plano conceptual, metodológico y social, sin dejar de lado las dimensiones ética y moral.

Al escuchar los discursos que circulan al respecto, no dejo de preguntarme por qué no avanzó del todo la propuesta que hace la Escuela de Frankfurt –en particular Apel y Habermas– al reconocer la “no-simultaneidad” de las formas del saber y al poner entre paréntesis la transferencia de los métodos acreditados técnicamente de la racionalización científica a la esfera de la tradición cultural, con el fin de evitar la dogmatización ideológica. Si bien pudo afianzarse la perspectiva crítica, ella aparece en muchas ocasiones como una noción sedimentada que, al perder de vista el contexto en la que fue producida y las argumentaciones que la sostienen, niega la posible convivencia, necesaria aunque no armónica, de distintos intereses y por ello de diversas formas de hacer ciencia.

Pero regresando al esquema dominante que divide a las ciencias en dos grandes campos: las sociales y las naturales, o bien las blandas y las duras, o aplicadas y básicas, encontramos que las primeras explicitan una particularidad que las atraviesa y que remite a la cuestión de la objetivación del sujeto de la objetivación, es decir, a la necesidad de analizar la implicación del investigador en el propio objeto de estudio.

¿Cuál es la mirada del sabio?; ¿con qué historia mira el objeto?; ¿cuáles son sus determinaciones?; ¿podemos hablar de autonomía de las ciencias sociales?; ¿podemos suponer que su objeto de estudio no padece de manera indirecta y en ocasiones de forma muy directa, la presión de un

juego de intereses del orden político, económico y social? Qué decir del campo educativo que, quiérase o no, está directamente ligado a la puesta en marcha de una política gubernamental.

Esta particularidad ha llevado a posiciones como las de Paul Ricoeur que habla de la exigencia de alejarse del problema de la validez de la verdad y de la ciencia, para enfrentar el de la ilusión, o bien como las de Apel y Habermas que sostienen la necesidad de la mediación de una crítica de las ideologías cuando la existencia humana se presenta a sí misma no como acción conscientemente intencional y responsable sino como una conducta producida coactivamente.

Bourdieu, por otra parte, se rehúsa a exaltar la singularidad de las ciencias sociales para evitar rechazar la imposibilidad de comprender científicamente su objeto, pero no por ello deja de reconocer su particularidad y propone enfrentar el escepticismo y la relativización que en muchas ocasiones circunscribe la producción científica en el campo, generando instrumentos que hagan posible “dominar las determinaciones sociales a las cuáles ellas están expuestas”.

Muchos autores han trabajado en torno a este tema, sin embargo han sido diálogos esotéricos, es decir entre un pequeño grupo de la comunidad científica que por lo general comparte este punto de vista. Difícilmente se ha podido establecer un vínculo fructífero entre los investigadores en el campo de las ciencias sociales y mucho menos con nuestros colegas de las ciencias duras.

Si bien es cierto que la comunidad está conformada por grupos que operan como tribus y territorios académicos –tal como muestra Tony Becher en su investigación– también lo es que nos unen, entre otras, dos cuestiones centrales: una es ese deseo compartido por el saber y la otra, quizás derivada de este deseo, es la necesidad de preservar la autonomía de la producción del saber.

En un momento en que el pensamiento social se está reconfigurando y que el “mapa cultural que hasta ahora nos ha regido está padeciendo serios cambios cartográficos y que algo le está sucediendo a la manera como pensamos sobre la manera como pensamos”; cuando vemos un debilitamiento de las fronteras disciplinares y los modelos complejos y multirreferenciales empiezan a compartir espacio con los modelos mecánicos clásicos, aparece la necesidad de una “*realpolitik* de la razón científica” en donde podamos poner en debate nuestras distintas formas de produ-

cir el conocimiento y la indisolubilidad de los lazos entre la ciencia, la política y la ética. Esta estrategia se vuelve necesaria no sólo porque se ve posible que la preocupación por la rendición de cuentas y por la relevancia desplace la autonomía del hacer científico y conduzca a la subordinación intelectual, a la esterilidad académica y a olvidar que siempre hay un interés que subyace a la producción del saber. Sino también porque, hoy más que nunca, se vuelve necesario modificar los esquemas de funcionamiento del mundo de la ciencia y del espacio que la hace posible: la universidad y su vínculo con la sociedad.

AURORA ELIZONDO HUERTA, EDITORA